PERU
Pueblos del Cuzco



ALEMANIA
Baviera romántica

Pierre Dumas

MI BUENOS AIRES QUERIDO

La gran ciudad es inagotable. Un recorrido por barrios, ferias, bares, paseos... para que el porteño o el visitante curioso la conozcan cada día más

El Flora romano

El histórico Gran Hotel Flora de Roma, que fue inaugurado en 1899, formará parte de la compañía hotelera Marriott Internacional. La empresa llegó a un acuerdo con la familia Naldi, que fue la propietaria del Flora desde mediados de la década del 60. El señorial hotel de 155 habitaciones está situado en la Via Veneto a pocos pasos de los jardines Borghese, de la Fontana di Trevi y de otros lugares famosos de Roma. Cuando finalicen los trabajos de restauración, se reinaugurará con el nombre Rome Marriott, Grand Hotel Flora.

Itaparica para jóvenes

Una semana en la villa de Itaparica, Brasil, es la propuesta del Club Med para jóvenes entre 18 y 26 años que quieran disfrutar de la playa en los próximos dos meses. El programa se extenderá del 8 de agosto al 26 de setiembre y tiene una tarifa de 1229 dólares que incluye: aéreos con DNT, traslados, una semana de estadía con desayunos, almuerzos y cenas con bebidas incluidas, práctica de deportes libres o con instructor, actividades, entretenimientos, shows y discoteca. Para mayor información y reservas el teléfono es: (01) 328-0125.

EN ROMA, EL ARCO DE JANO Y EL GIANICOLO

Preparando el Jubileo

Roma ya se está preparando para el Jubileo del 2000. Una buena ocasión para conocer el Arco de Jano y el Gianicolo, y para recordar que, si bien los romanos no inventaron el calendario, sí le pusieron el nombre.





Vista de Roma desde el Gianicolo, un barrio ubicado sobre la margen izquierda del Tíber a pocos pasos del Vaticano y la Plaza San Pedro.

Por G. C.

Los antiguos romanos tenían un sistema para medir el tiempo basado en tres fechas claves del mes, las Kalendae (el primer día, de donde viene "calendario"), las Nonae (el quinto o séptimo día según el mes) y los Idus (a mitad de mes, el 13 o 15). A partir de entonces contaban los días: por ejemplo, el 24 era el "noveno día antes de las Kalendae", el 12 "un día antes de los Idus", y así sucesivamente.

El mes de enero

El visitante que tenga el privilegio de estar en Roma para el Gran Jubileo del 2000 debería rendir homenaje a los antiguos súbditos de César recordando que está en las Kalendae Januariae del 2000. Y como una cosa se encadena con la otra, el nombre del mes de enero, el primero del año, viene del latín januarius y no es en absoluto casual.

En efecto, januarius deriva de janua, palabra que en latín significaba "puerta": un lugar de pasaje, de tránsito... exactamente como "januarius" o "enero", cuando se pasa del último mes de un año al primero del siguiente. Este mes estaba dedicado en la antigua Roma al dios Jano, la divinidad bifronte (una cara hacia el futuro, hacia un estado en el que se va a ingresar, y la otra hacia el pasado, hacia lo que se acaba de abandonar, caras que eran de un lado joven y del otro anciana). Jano se encontraba precisamente junto a las puertas de todas las casas romanas... y de la ciudad misma, ya que su estatua se levantaba en el lugar de Roma llamado actualmente Gianicolo (Giano es el nombre italiano del dios), que simbólicamente marcaba el paso, la "puerta" de la ciudad hacia el exterior.

Jano y el Gianicolo

Ante las puertas del nuevo milenio, dos lugares son entonces los imprescindibles para visitar con todos los ritos en Roma: el llamado "Arco de Jano", uno de los tantos arcos romanos –menos conocido que el de Tito o Constantino– que se encuentra a pocos pasos del Arco degli Argentarii, junto al lado izquierdo de la iglesia de San Giorgio in Velabro y a pocos pasos de la conocida Bocca della Verità, donde se cumple el ritual turístico de poner la mano en la gran máscara de mármol adosada a uno de los muros de la iglesia, para que –según la leyenda– la boca se cierre si se ha dicho una mentira.

> ***En la Edad Media, el Arco de Jano se convirtió en la base de una torre fortificada. Hoy todavía conserva las figuras de las diosas de Roma: Juno, Ceres y Minerva.***

El Arco de Jano surgió posiblemente como homenaje también a Constantino, pero nos llegó mutilado: en la Edad Media se lo privó de la pirámide que lo coronaba, y en 1830, cuando se lo restauraba, se demolió el ático por creérselo –erróneamente– construido en la época medieval. Sus cuatro fachadas arrojaban la sombra suficiente como para que el lugar fuera elegido en la Edad Media por los mercaderes de ganado para apostarse aquí y negociar sus compraventas. En esa misma época, el arco se convirtió también en la base de una torre fortificada. Hoy todavía conserva las figuras de las diosas de Roma, Juno, Ceres y Minerva.

El otro lugar es un paseo por el Gianicolo, un barrio ubicado sobre la margen izquierda del Tíber a pocos pasos del Vaticano y la Plaza San Pedro. Este lugar elevado ofrece una de las vistas más hermosas de Roma, con sus cúpulas y techos, siempre en dominante color anaranjado-rojizo que caracteriza a la ciudad. Y la sola visión de la imponente Basílica de San Pedro recuerda que el cristianismo impuso definitivamente una visión lineal del tiempo, desterrando las antiguas creencias del tiempo circular: paradójicamente, sin embargo, seguimos contando el tiempo en "años", una palabra que viene del latín "annus"... relacionado con "annulus" (anillo, de donde el "anular" es el dedo que lleva el anillo), como para que el mito de la circularidad siga existiendo en el vocabulario.



Castillo de Neuschwanstein, uno de los edificios más célebres del paisaje alemán. La fantasía real de un monarca excéntrico, Ludwig II de Baviera, quien empezó la construcción en 1869.

La ciudad de Füssen y el castillo de Neuschwanstein son los puntos culminantes de la Ruta Romántica, el más antiguo y mejor conocido trayecto turístico de Alemania. A lo largo de 350 kilómetros –entre el río Mein y los Alpes bávaros– esta ruta ofrece al viajero incontables tesoros de historia, arte y cultura.

ALEMANIA: LA RUTA ROMANTICA DE BAVIERA

El sueño de Ludwig

Por Felisa Pinto

Si hubiera que encontrar sólo un lugar definitorio del posromanticismo es probable que, por lo menos alemanes y centroeuropeos se pondrían de acuerdo en señalar a Füssen y el muy próximo castillo de Neuschwanstein, el rincón excelso de la Ruta Romántica, o Romantische Strasse.

El castillo es uno de los edificios más célebres del paisaje alemán, una obra casi onírica, propio del mundo de las hadas y de la literatura fantástica. Es la expresión personal de un monarca excéntrico, Ludwig II de Baviera, quien empezó la construcción en 1869. La obra responde al estilo neorrománico del siglo XII, y recibió la influencia de otras arquitecturas alemanas: el castillo de Nuremberg, el de Whartburg en Turingia y sobre todo de la pintura para decorados escénicos de un pintor de Munich, Jank.

Neuschwanstein revela las destrezas artesanales de numerosos artistas y los gustos personales del extraño y joven rey, protagonista de un famoso film del creador italiano Luchino Visconti (1906/1976). Ludwig apareció muerto, ahogado, junto a su médico en las orillas del Starnberger See, muy cerca del fascinante castillo, en 1886, poco después de ser depuesto y sustituido por un pariente menos excepcional y gastador.

Pero hay más de Ludwig para ver en la región. A 40 kilómetros de Füssen está Linderhof, un palacio bellísimo, rodeado de jardines y de fuentes.

La abadía de ST. Mang

Sería erróneo suponer que Füssen se agota en las obras de Ludwig y en las resonancias wagnerianas. En el centro de la ciudad destaca imponente el monasterio benedictino de St. Mang, cuyos fundamentos se echaron el año 750. Pero su versión actual data del comienzo del siglo XVIII y es en consecuencia un maravilloso monumento del tan celebrado barroco alemán, una obra del notable arquitecto Johann Jacob Herkomer, muy influido por los maestros venecianos de la época. La abadía está coronada por el Alto Castillo, transformado en un museo de pintura y escultura del gótico y el renacimiento hasta el siglo XIX. En la abadía el visitante queda deslumbrado ante la impresionante biblioteca.

> ***Ludwig apareció muerto, ahogado, junto a su médico en las orillas del Starnberger See, muy cerca del fascinante castillo, en 1886.***

La Ruta Romántica

Es el más antiguo y mejor conocido trayecto turístico de Alemania. Ofrece al viajero incontables tesoros de historia, arte y cultura a lo largo de 350 kilómetros que van desde Würzburg hasta Füssen. Entre el río Mein y los Alpes bávaros aparecen aldeas y pequeñas ciudades, antiguas ciudades imperiales y sedes de poder real, palacios y castillos, jardines de cortes y "orangeries", parques y ermitas. En la parte que va de la importantísima Augsburg a la no menos notable Würzburg hay tres pequeñas ciudades que no debieran quedar sin una atenta visita: Nördlingen, Dinkelsbühl y Rothemburg. Si uno se desplaza entre estos puntos un domingo a la mañana podrá tal vez advertir que los valles se llenan de una música misteriosa, hecha básicamente por instrumentos de viento. Se trata de la "Turm Musik", literalmente música de torre, emitida por músicos locales desde los campanarios de las iglesias de las aldeas y pequeñas ciudades.

Si el viajero no ha oído antes el nombre de Tilman Riemenschneider (1462-1531) no se avergüence y ábrase a su conocimiento. Es la figura prominente en escultura del último gótico y del comienzo del renacimiento alemanes. A lo largo de la Romantische Strasse encontrará sus obras de madera y piedra, que combinan el realismo más acendrado con un misticismo sublime. En Rothemburg y en Würzburg podrá ver obras notables. En la segunda, el monumento sepulcral del obispo Rudolf von Scherenberg; en la primera, el famoso altar de la Sangre Sagrada. A lo largo de las diversas iglesias de la Romantische Strasse encontrará numerosas tallas y altares de Riemenschneider. Además de artista religioso excepcional fue un ciudadano notable. Sirvió con continuidad en los concejos municipales de Würzburg entre 1501 y 1525, en los últimos cinco años como burgomaestre, cambiando finalmente el Rathaus, o consejo municipal por la prisión, una vez que fuera depuesto, por haber favorecido y ayudado a la rebelión campesina de 1525, contemporánea de la revuelta de los comuneros castellanos, estertor final de las viejas libertades medievales.

De Buenos Aires a Baviera

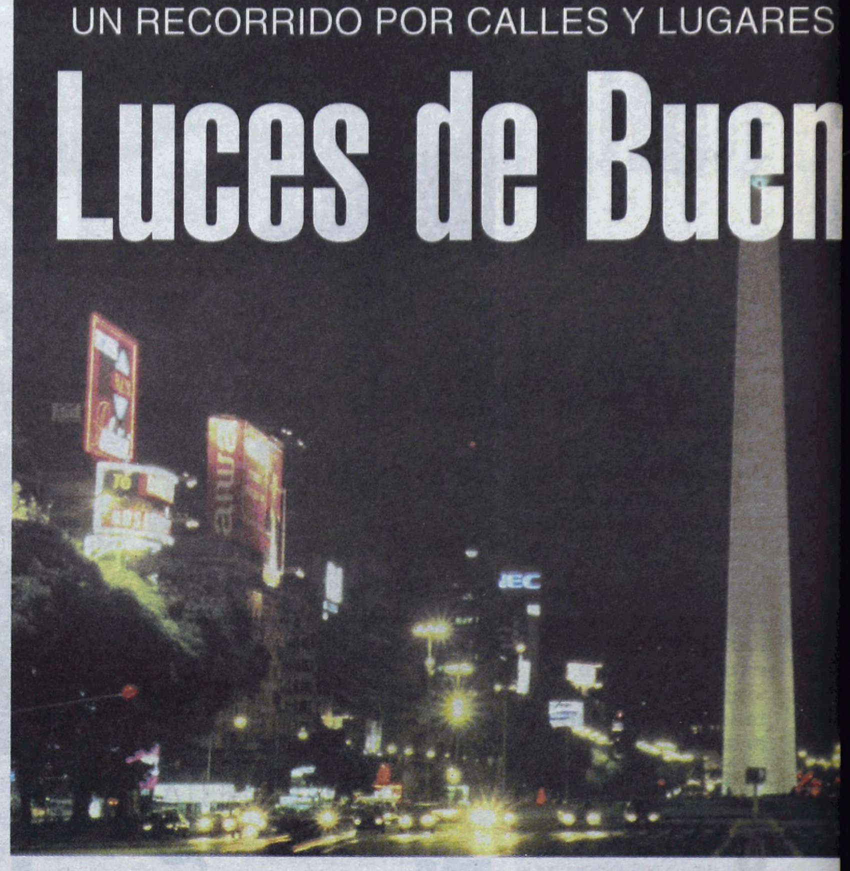
Desde Buenos Aires, el acceso más directo a esta región es a través de los vuelos sin escalas a Zurich. Desde esta ciudad y en automóvil tiene sentido entrar a Baviera por el lago Constanza, o Bodensee en alemán, que forma una de las fronteras entre el Land, o provincia alemana, de Baviera, por un lado, y Suiza, por el otro. Es aconsejable pernoctar en Rorschach, en uno de los memorables hoteles suizos de principio de siglo donde la plutocracia bostoniana o neoyorquina de las novelas norteamericanas finiseculares pasaba el verano, para sustraerse del calor de Venecia o Roma, a las que se volvía recién en el otoño. Almorzar el día siguiente en un restaurante junto al lago —buen tiempo mediante— puede ser una experiencia duradera. Luego conviene bordear el lago por su costa austríaca y penetrar enseguida en territorio de la República Federal Alemana en su rincón más sudoccidental. De ahí en más empieza una de las más enriquecedoras aventuras estéticas que quepa concebir.



Buenos Aires es sinónimo de cafés, donde se prolongan las charlas.

UN RECORRIDO POR CALLES Y LUGARES

Luces de Buen



Por Graciela Cutuli

Vista desde el aire, las manzanas parecen repetirse hasta el infinito. Quienes llegan en avión por la noche nunca dejan de sorprenderse de ese océano de luces enclavado en medio de la pampa, de esa ciudad gigantesca que funciona como un enorme imán concentrador de gente e ilusiones. Así es Buenos Aires, una gran capital pero también una ciudad hecha de rincones y de secretos, de huellas del pasado y de lugares que quieren, con suerte desigual, dar la espalda a lo que fue para mirar hacia el porvenir. Basta un poco de tiempo para recorrerla, conocerla y tal vez descubrirla, como fue y como es, mientras ella ya piensa en lo que vendrá.

Buenos Aires literaria

"He nacido en otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires./ Recuerdo el ruido de los hierros de la puerta cancel./Recuerdo los jazmines y el aljibe, cosas de la nostalgia./ Recuerdo una divisa rosada que había sido punzó./Recuerdo la resolana y la siesta." Así era la Buenos Aires que soñaba Borges pocos años antes de su muerte, una ciudad a la que le había inventado una mitología de guapos y de coraje, a la que le dedicó sus primeros libros y muchos de sus poemas posteriores. Para seguir las huellas de esa ciudad idealizada, se puede empezar en el barrio de Palermo, en la manzana donde Borges quiso situar la "fundación mítica de Buenos Aires": Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga. En esa manzana hoy lo recuerda una placa, a pocos metros del lugar donde estuvo la casa natal de Borges (Serrano 2135): "Había dos casas de altos en la calle Serrano –de Serrano, como se decía entonces–: una, la herrería, y otra, la nuestra. Todas eran casas bajas o, generalmente, huecos", recordaba el escritor. Alejandro Frango, un amante de Borges que hace varios años imaginó caminatas literarias, comienza aquí el recorrido que organiza periódicamente para revivir en grupo el recuerdo de la Buenos Aires borgiana. A pocas cuadras, la Plaza Güemes es otro de los puntos del itinerario: era aquí donde paraba uno de los últimos guapos que reinaban en las calles porteñas de antaño, don Nicanor Paredes, con quien Borges llegó a conversar en varias oportunidades. Algo más allá, se cruzan Borges y Marechal en el Museo Xul Solar (Laprida 1214): este curioso astrólogo, pintor e inventor amigo de Borges, cuyo museo es una pequeña joya laberíntico-surrealista, se transformó en el delirante personaje de Schultze en *Adán Buenosayres*, la novela de Leopoldo Marechal. Otro escritor que tiene su particular amor por Buenos Aires, pero en otro barrio: Villa Crespo. En 1910, Marechal –que había estudiado en el Mariano Acosta, sobre la calle Moreno, donde se cruzan Once y Almagro– vivía en la calle Monte Egmont 280 (hoy Tres Arroyos) con su familia. En esa misma calle fija la dirección de su personaje Adán Buenosayres: Monte Egmont 306.

Hay muchos otros barrios y lugares con estirpe literaria en Buenos Aires: Flores, donde nació con el siglo Roberto Arlt y donde se conserva la casa de Baldomero Fernández Moreno (Francisco

Ferias, bares, parques, paseos... Para el porteño o el visitante curioso, Buenos Aires puede ser una ciudad inagotable. Inspiradora de poetas y caminantes, la Reina del Plata quiere seguir siendo la gran capital del sur. Basta un poco de tiempo para recorrerla, conocerla y tal vez descubrir viejos y nuevos rincones y lugares.

Tranvías, subtes, barcos y algo más

Todavía quedan muchos lugares en el tintero porteño. Como el Tranvía Histórico de Caballito, que recorre las calles del barrio los fines de semana en un tranvía de 1927, el Museo Nacional de Aeronáutica (R.Obligado 4550), en la Costanera Norte, que permite conocer los aparatos que hicieron la historia de la aeronavegación argentina, o las Fragatas Sarmiento (Dique 4, Alicia Moreau de Justo y Tte. Gral. Perón) y Libertad (Dársena Norte, Alicia Moreau de Justo y Cecilia Grierson), que se pueden visitar todos los días de 9.00 a 20.00 y de 15.00 a 19.00 respectivamente. Sitios a los que se agregan el restaurado Patio Andaluz del Rosedal, ideal para paseos y fotos románticas al atardecer, las bicisendas en torno de los bosques de Palermo (los rodados se pueden alquilar en el Rosedal), o ese lugar particular que es la Calle de los Títeres (Caseros 1750), donde –como en el Museo Argentino del Títeres, en Piedras el 900– revive cada semana la antigua tradición de dar vida a los muñecos gracias a las manos y las voces de hábiles titiriteros. Arte antes nómade, hoy urbano, como también es urbano el arte de los murales en los subterráneos de Buenos Aires: entre un lugar y otro, se puede pasar por las estaciones San José (línea E), Catedral (línea D), Boedo (línea E) o Avenida de Mayo (Línea C), que junto a muchas otras de las mismas líneas muestran magníficos murales construidos con azulejos, que en algunos casos (como en la estación José Hernández, de la prolongada línea D), son reproducciones de las pinturas de Soldi. El recorrido underground puede terminar en la estación Perú de la línea A, para asomarse a lo que era el subte a principios de siglo.




Buenos Aires es sinónimo de cafés, donde se prolongan las charlas.

UN RECORRIDO POR CALLES Y LUGARES DE LA CAPITAL PORTEÑA

Luces de Buenos Aires



En la Boca, las coloridas casas de "Caminito", la calle donde el tango se baila sobre el empedrado.

Por Graciela Cutuli

Vista desde el aire, las manzanas parecen repetirse hasta el infinito. Quienes llegan en avión por la noche nunca dejan de sorprenderse de ese océano de luces enclavado en medio de la pampa, de esa ciudad gigantesca que funciona como un enorme imán concentrador de gente e ilusiones. Así es Buenos Aires, una gran capital pero también una ciudad hecha de rincones y de secretos, de huellas del pasado y de lugares que quieren, con suerte desigual, dar la espalda a lo que fue para mirar hacia el porvenir. Basta un poco de tiempo para recorrerla, conocerla y tal vez descubrirla, como fue y como es, mientras ella ya piensa en lo que vendrá.

Buenos Aires literaria

"He nacido en otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires./ Recuerdo el ruido de los hierros de la puerta cancel./Recuerdo los jazmines y el aljibe, cosas de la nostalgia./ Recuerdo una divisa rosada que había sido punzó./Recuerdo la resolana y la siesta." Así era la Buenos Aires que soñaba Borges pocos años antes de su muerte, una ciudad a la que le había inventado una mitología de guapos y de coraje, a la que le dedicó sus primeros libros y muchos de sus poemas posteriores. Para seguir las huellas de esa ciudad idealizada, se puede empezar en el barrio de Palermo, en la manzana donde Borges quiso situar la "fundación mítica de Buenos Aires": Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga. En esa manzana hoy lo recuerda una placa, a pocos metros del lugar donde estuvo la casa natal de Borges (Serrano 2135): "Había dos casas de altos en la calle Serrano –de Serrano, como se decía entonces–: una, la herrería, y otra, la nuestra. Todas eran casas bajas o, generalmente, huecos", recordaba el escritor. Alejandro Frango, un amante de Borges que hace varios años imaginó caminatas literarias, comienza aquí el recorrido que organiza periódicamente para revivir en grupo el recuerdo de la Buenos Aires borgiana. A pocas cuadras, la Plaza Güemes es otro de los puntos del itinerario: era aquí donde paraba uno de los últimos guapos que reinaban en las calles porteñas de antaño, don Nicanor Paredes, con quien Borges llegó a conversar en varias oportunidades. Algo más allá, se cruzan Borges y Marechal en el Museo Xul Solar (Laprida 1214): este curioso astrólogo, pintor e inventor amigo de Borges, cuyo museo es una pequeña joya laberíntico-surrealista, se transformó en el delirante personaje de Schultze en *Adán Buenosayres*, la novela de Leopoldo Marechal. Otro escritor que tiene su particular amor por Buenos Aires, pero en otro barrio: Villa Crespo. En 1910, Marechal –que había estudiado en el Mariano Acosta, sobre la calle Moreno, donde se cruzan Once y Almagro– vivía en la calle Monte Egmont 280 (hoy Tres Arroyos) con su familia. En esa misma calle fija la dirección de su personaje Adán Buenosayres: Monte Egmont 306.

Hay muchos otros barrios y lugares con estirpe literaria en Buenos Aires: Flores, donde nació con el siglo Roberto Arlt y donde se conserva la casa de Baldomero Fernández Moreno (Francisco Bilbao 2384), además del más reciente mito del Angel Gris de Dolina, que tiene su pasaje y su mural en la estación. Y Congreso, donde una placa discreta señala la casa donde pasó su estadía en Buenos Aires el español Gómez de la Serna, las calles de Boedo por donde paseaba Raúl González Tuñón o la actual biblioteca municipal de la calle Honduras que fue la casa de Evaristo Carriego. La lista puede ser mucho, mucho más larga: basta con caminar por Buenos Aires haciendo memoria de las lecturas que cada uno haya elegido, y buscando los lugares que no hayan sido borrados por el paso del tiempo y el ansia de un progreso incierto.

Ferias, bares, parques, paseos... Para el porteño o el visitante curioso, Buenos Aires puede ser una ciudad inagotable. Inspiradora de poetas y caminantes, la Reina del Plata quiere seguir siendo la gran capital del sur. Basta un poco de tiempo para recorrerla, conocerla y tal vez descubrir viejos y nuevos rincones y lugares.

Herencias de Buenos Aires

Ciudad ecléctica como pocas, Buenos Aires lleva impresa en la fachada de sus casas y en algunos edificios y monumentos el recuerdo de las principales comunidades de inmigrantes que la hicieron crecer, tal vez con poca armonía pero con mucha fuerza, entre fines del siglo pasado y principios de éste. Hay sin duda una Buenos Aires "a la italiana", "a la francesa" y "a la española", muchas veces una al lado de la otra, conviviendo en las mismas calles y los mismos barrios.

Basta pensar en el Teatro Colón, de líneas italianas, uno de los templos de la lírica del mundo, famoso por su acústica impecable (conseguida gracias a la forma de herradura a la italiana y al equilibrio entre materiales que absorben y rebotan el sonido) y la cúpula decorada por Raúl Soldi. Vale la pena hacer la visita que recorre todas las tardes las entrañas del teatro, pasando por las salas donde se exhiben los trajes usados en óperas y ballets y por los talleres de calzado, costura y escenografía.

En las mejores noches de fin de semana es común que las plazas porteñas (Plaza Francia, las zonas cercanas al Planetario o incluso la Reserva Ecológica) se conviertan en punto de reunión para ver las estrellas.

En otro extremo de la ciudad, la herencia italiana muestra otra cara: es el barrio de la Boca, el de los inmigrantes genoveses y las casas de latón pintado, pobre y pintoresco, muy lejos de aquella burguesía amante de la ópera que impulsó la construcción del Colón. Los ejemplos de la influencia italiana se multiplican: desde el Congreso hasta el edificio de Unione e Benevolenza, en la calle Tte. Gral. Perón al 1300, pionera de las asociaciones itálicas en la capital argentina, pasando por el Palacio Barolo y el Círculo Italiano (Libertad y Juncal), hasta el Club Italiano y el Hospital Italiano, en los barrios de Caballito y Almagro.

Mientras así se hacía Buenos Aires, los españoles convertían a la Avenida de Mayo en la versión local de la Gran Vía, y se levantaban el Club Español y las fachadas modernistas de muchos edificios de la Avenida Rivadavia, entre Congreso y Caballito. Pero también los franceses aportaron lo suyo: hoy Buenos Aires, lejos ya de la armonía parisiense, tiene sin embargo algo de la Ciudad Luz en la zona junto a la Embajada de Francia, en la réplica de "El Pensador" de Rodin de la Plaza Congreso, en la escultura que corona el antiguo edificio de *La Prensa* sobre Avenida de Mayo, en la neoclásica Catedral, inspirada en las líneas de la iglesia de la Madeleine de París, en el Palacio San Martín (ex Residencia Anchorena) o el Palacio Paz (actual Círculo Militar).

Sin embargo, Buenos Aires tiene todavía lugar para su propia identidad, ese corte colonial que aún queda en el mutilado Cabildo, y en las casas antiguas de San Telmo, el antiguo centro chic de la ciudad, conver-

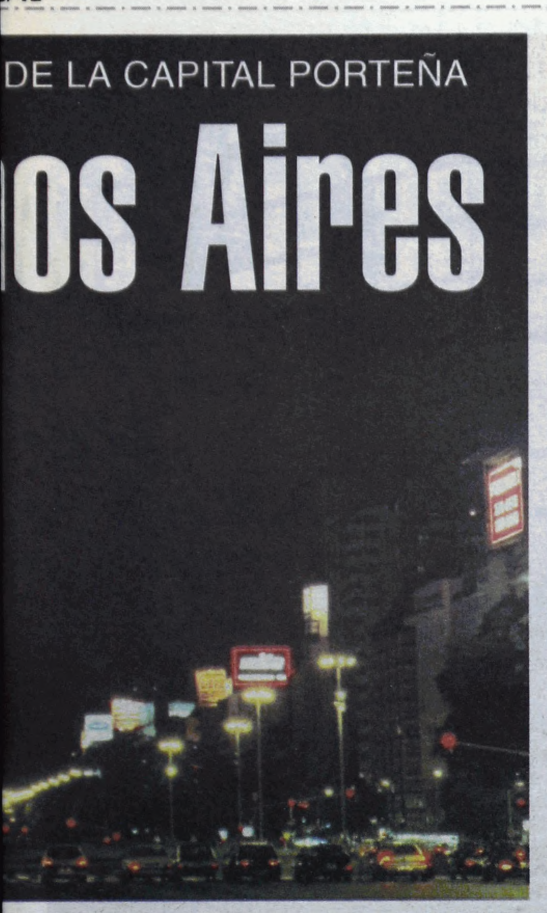

La clásica imagen del Club de Pescadores en la Costanera Norte.

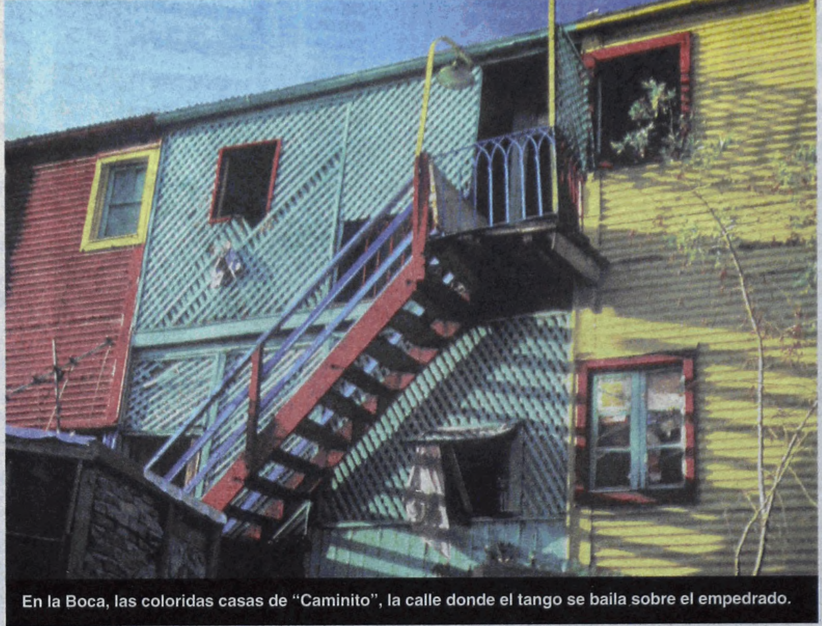
Tranvías, subtes, barcos y algo más

Todavía quedan muchos lugares en el tintero porteño. Como el Tranvía Histórico de Caballito, que recorre las calles del barrio los fines de semana en un tranvía de 1927, el Museo Nacional de Aeronáutica (R.Obligado 4550), en la Costanera Norte, que permite conocer los aparatos que hicieron la historia de la aeronavegación argentina, o las Fragatas Sarmiento (Dique 4, Alicia Moreau de Justo y Tte. Gral. Perón) y Libertad (Dársena Norte, Alicia Moreau de Justo y Cecilia Grierson), que se pueden visitar todos los días de 9.00 a 20.00 y de 15.00 a 19.00 respectivamente. Sitios a los que se agregan el restaurado Patio Andaluz del Rosedal, ideal para paseos y fotos románticas al atardecer, las bicisendas en torno de los bosques de Palermo (los rodados se pueden alquilar en el Rosedal), o ese lugar particular que es la Calle de los Títeres (Caseros 1750), donde –como en el Museo Argentino del Títeres, en Piedras el 900– revive cada semana la antigua tradición de dar vida a los muñecos gracias a las manos y las voces de hábiles titiriteros. Arte antes nómade, hoy urbano, como también es urbano el arte de los murales en los subterráneos de Buenos Aires: entre un lugar y otro, se puede pasar por las estaciones San José (línea E), Catedral (línea D), Boedo (línea E) o Avenida de Mayo (Línea C), que junto a muchas otras de las mismas líneas muestran magníficos murales construidos con azulejos, que en algunos casos (como en la estación José Hernández, de la prolongada línea D), son reproducciones de las pinturas de Soldi. El recorrido underground puede terminar en la estación Perú de la línea A, para asomarse a lo que era el subte a principios de siglo.

DE LA CAPITAL PORTEÑA

os Aires





En la Boca, las coloridas casas de "Caminito", la calle donde el tango se baila sobre el empedrado.

Bilbao 2384), además del más re- iente mito del Angel Gris de Do- ina, que tiene su pasaje y su mu- al en la estación. Y Congreso, donde una placa discreta señala la asa donde pasó su estadía en Buenos Aires el español Gómez de la Serna, las calles de Boedo por donde paseaba Raúl Gonzá- ez Tuñón o la actual biblioteca municipal de la calle Honduras que fue la casa de Evaristo Carrie- go. La lista puede ser mucho, mu- cho más larga: basta con caminar por Buenos Aires haciendo me- moria de las lecturas que cada uno haya elegido, y buscando los lu- gares que no hayan sido borrados por el paso del tiempo y el ansia de un progreso incierto.

erencias de Buenos Aires

Ciudad ecléctica como pocas, Buenos Aires lleva impresa en la achada de sus casas y en algunos edificios y monumentos el recuer- do de las principales comunida- des de inmigrantes que la hicie- ron crecer, tal vez con poca armo- nía pero con mucha fuerza, entre ines del siglo pasado y principios de éste. Hay sin duda una Buenos Aires "a la italiana", "a la france- a" y "a la española", muchas ve- es una al lado de la otra, convi- viendo en las mismas calles y los mismos barrios.

Basta pensar en el Teatro Co- ón, de líneas italianas, uno de los emplos de la lírica del mundo, fa- moso por su acústica impecable conseguida gracias a la forma de herradura a la italiana y al equili- brio entre materiales que absor- ben y rebotan el sonido) y la cú- pula decorada por Raúl Soldi. Va- le la pena hacer la visita que re- corre todas las tardes las entrañas del teatro, pasando por las salas donde se exhiben los trajes usa- dos en óperas y ballets y por los talleres de calzado, costura y es- cenografía.

En las mejores noches de fin de semana es común que las plazas porteñas (Plaza Francia, las zonas cercanas al Planetario o incluso la Reserva Ecológica) se conviertan en punto de reunión para ver las estrellas.

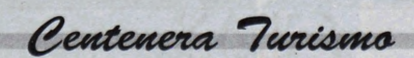
En otro extremo de la ciudad, la herencia italiana muestra otra cara: es el barrio de la Boca, el de los inmigrantes genoveses y las casas de latón pintado, pobre y pintoresco, muy lejos de aquella burguesía amante de la ópera que impulsó la construcción del Co- lón. Los ejemplos de la influen- cia italiana se multiplican: desde el Congreso hasta el edificio de Unione e Benevolenza, en la ca- lle Tte. Gral. Perón al 1300, pio- nera de las asociaciones itálicas en la capital argentina, pasando por el Palacio Barolo y el Círcu- lo Italiano (Libertad y Juncal), hasta el Club Italiano y el Hospi- tal Italiano, en los barrios de Ca- ballito y Almagro.

Mientras así se hacía Buenos Aires, los españoles convertían a la Avenida de Mayo en la versión local de la Gran Vía, y se levan- taban el Club Español y las facha- das modernistas de muchos edifi- cios de la Avenida Rivadavia, en- tre Congreso y Caballito. Pero también los franceses aportaron lo suyo: hoy Buenos Aires, lejos ya de la armonía parisiense, tiene sin embargo algo de la Ciudad Luz en la zona junto a la Embajada de Francia, en la réplica de "El Pen- sador" de Rodin de la Plaza Con- greso, en la escultura que corona el antiguo edificio de *La Prensa* sobre Avenida de Mayo, en la ne- oclásica Catedral, inspirada en las líneas de la iglesia de la Madelei- ne de París, en el Palacio San Mar- tín (ex Residencia Anchorena) o el Palacio Paz (actual Círculo Mi- litar).

Sin embargo, Buenos Aires tie- ne todavía lugar para su propia identidad, ese corte colonial que aún queda en el mutilado Cabil- do, y en las casas antiguas de San Telmo, el antiguo centro chic de la ciudad, conver-



La clásica imagen del Club de Pescadores en la Costanera Norte.






Un rincón de las Barrancas de Belgrano, con la glorieta y la estatua de Diana. Un paseo imperdible por un barrio con mucha historia.

Frente al Palacio de los Tribunales, el reciclaje de un viejo edificio preservó la fachada y la magnífica cúpula.

tido en barrio de conventillos después de la temida fiebre amarilla de fines del siglo pasado. La Buenos Aires colonial se asoma sobre todo en las iglesias: la del Pilar, en la Plaza de la Recoleta, Santa Catalina de Siena y La Merced, en pleno microcentro o el convento de Santo Domingo en Belgrano y Defensa, donde yacen los restos de Belgrano. Claro que, en otros lugares de la ciudad, asoman también los edificios de otros credos: como la espléndida Catedral Ortodoxa Rusa, en Brasil 315, frente al Parque Lezama, cuya cúpula bien merece la visita.



Patios con aljibes en casonas de San Telmo.

Para ver las estrellas

En los parques de Palermo, el antiguamente futurista y hoy algo añejo Planetario porteño, inaugurado en 1967, ofrece la posibilidad de acercarse a las estrellas desde el corazón de la ciudad. El primer piso alberga el museo, una serie de vitrinas con objetos relacionados con la astronomía y las estrellas. Pero la verdadera reina es la cúpula, con un techo semiesférico que sirve de pantalla donde se proyectan más de 8900 estrellas, mediante un sofisticado sistema de origen alemán. Mientras tanto, en la otra punta de la ciudad la Asociación Amigos de la Astronomía permite acercarse también al espacio desde su observatorio, en la calle Patricias Argentinas 550. De lunes a viernes de 19.00 a 23.00, los "amigos" –estudiantes, profesores o aficionados– se acercan al Observatorio para observar el cielo mediante sus dos telescopios: el Gautier (en la cúpula principal, uno de los más antiguos del país) y el Devoto, así llamado en memoria del sacerdote y astrónomo porteño Fortunato Devoto. A la misma hora, funciona una biblioteca pública sobre el tema. En la Asociación se pueden realizar también cursos de corta duración sobre el conocimiento del cielo y sobre el sistema solar, y hay un calendario de observaciones que conviene consultar cada mes para elegir qué constelación o planeta se quiere observar. En las mejores noches de fin de semana, además, es común que las plazas porteñas (Plaza Francia, las zonas cercanas al Planetario o incluso la Reserva Ecológica) se conviertan en punto de reunión para ver las estrellas: la propia asociación saca sus telescopios a la calle, o bien lo hacen los socios, que así acercan su conocimiento al gran público.

De feria en feria y de café en café

Los fines de semana, en Buenos Aires llegan los días de feria. Como la conocida y tradicional de San Telmo, reducto de anticuarios y pseudoanticuarios, con toda su movida del tango bailado y cantado en la calle. Un sueño para los turistas, que prefieren este lugar a muchos otros, pero también para los porteños que eligen ver a la ciudad en su hora más animada, en uno de los pocos lugares donde Buenos Aires no teme vivir en el pasado. A la misma hora, en el Parque Rivadavia se reúnen los filatelistas para comprar e intercambiar estampillas, y los buscadores de libros se dan cita en el mismo parque, o bien en Plaza Italia y Parque Centenario.

Mientras tanto, desde el mediodía al atardecer, la Feria de Mataderos, en Lisandro de la Torre y Corrales, da cabida a las tradiciones gauchescas, con vistosos desfiles de paisanos a caballo luciendo sus trajes típicos. Los bailes folklóricos y las carreras de sortijas, siempre muy animadas, se matizan con los puestos de artesanías y comidas regionales donde se puede elegir el plato preferido a buen precio. Muy cerca, el Museo Criollo de Corrales (domingos de 13.00 a 18.30 y jueves de 15 a 17.30) guarda una importante colección sobre el mundo criollo formada gracias a las donaciones de la gente y organiza

Buenos Aires es sinónimo de café, de esas mesas junto a la ventana donde los porteños gustan sentarse a conversar, leer o estudiar durante largos ratos. En la ciudad hay para todos los gustos: desde los literarios hasta los musicales.

periódicamente conciertos, presentaciones de libros y exposiciones de pintura, escultura y fotografía. Si queda tiempo, al atardecer es posible acercarse todavía a la feria artesanal de Plaza Francia, donde las habilidades más variadas ofrecidas en cada puesto se unen a los espectáculos callejeros, de música o teatro, que los artistas ofrecen a la gente a cambio de colaboraciones voluntarias.

Por otra parte, Buenos Aires es sinónimo de café, de esas mesas junto a la ventana donde los porteños gustan sentarse a conversar, leer o estudiar durante largos ratos. En la ciudad hay para todos los gustos: desde los literarios, que se podrán saciar en las librerías-café (Gandhi, en Corrientes 1551, Clásica y Moderna, en Callao 892, Liberarte, en Corrientes 1555, o Losada, Santa Fe 2074) hasta los musicales, que tienen lugares especiales como el Hard Rock Café del Paseo del Pilar o el nuevo The Cavern del complejo La Plaza, reservado para los fanáticos de los Beatles que quieran escuchar viejas-nuevas versiones de los temas de los cuatro de Liverpool. Pero hay más para elegir: bares temáticos (World Sport Café, Junín 1745), cantobares (muchos en torno de la Plaza Serrano, en Palermo) donde despuntar las ganas de probar suerte con el micrófono o cibercafés para tomar algo y a la vez navegar por Internet (Contacto Interior, Bacacay al 1700; Neurona, Gavilán 64). Sin olvidar los nuevos cafés de Puerto Madero, el clásico de clásicos –el Café Tortoni, Avenida de Mayo al 800– o algunas curiosidades como Bonpler, un fast food de comida francesa, en Florida y Lavalle.

VACACIONES EN EL VALLE DE PUNILLA

Serranías cordobesas

En la región de Punilla, Villa Carlos Paz combina el espléndido paisaje de las sierras y el lago San Roque con los atractivos de una animada ciudad.

En cualquier época del año, la provincia de Córdoba ofrece al visitante la riqueza de su patrimonio histórico y cultural y la belleza de su geografía para disfrutar de unas vacaciones donde es posible combinar el descanso y la aventura.

La región de Punilla es precisamente una de la diversas zonas turísticas cordobesas donde los sierras y lagos conforman un paisaje ideal para despejar la cabeza del vértigo ciudadano. El valle está rodeado al este por las Sierras Chicas y al oeste por diversos cordones. En el extremo norte de las Sierras Grandes se destaca el perfil escarpado del macizo de Los Gigantes, en las cercanías de la localidad de Tanti. En las Sierras Chicas sobresalen los cerros Uritorco, próximo a la localidad de Capilla del Monte, y El Pajarillo y el Pan de Azúcar cerca de Cosquín. Las excursiones por estos cerros atraen a muchos turistas que disfrutan las caminatas entre senderos escarpados y a los aficionados al montañismo.

Numerosos cursos de agua enriquecen el paisaje serrano y brindan la posibilidad de navegarlos en embarcaciones a motor o a vela. El lago San Roque, a cuyas orillas se hallan las localidades de Villa Carlos Paz, Villa del Lago, Parque Síquiman, Villa Santa Cruz del Lago, así como el lago del Embalse La Falda y el nuevo embalse El Cajón en Capilla del Monte son lugares donde la calma de los espejos de agua refleja los fuertes perfiles de los cerros, transmitiendo al visitante la placidez que a veces tiene la naturaleza.

Villa Carlos Paz

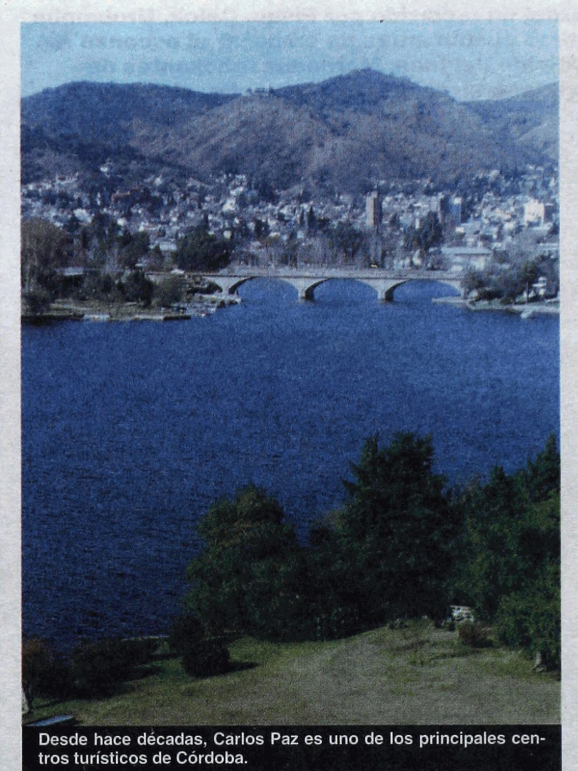
La villa es el centro neurálgico del valle de Punilla y en cada temporada de vacaciones o de recesos laborales recibe a gran parte de los turistas que eligieron a las sierras cordobesas para el paseo, el descanso o la aventura.

A sólo 28 kilómetros de la ciudad de Córdoba, el trayecto hasta la villa por la autopista atraviesa las primeras estribaciones de las Sierras Chicas y anticipa al viajero el espléndido panorama del lago San Roque. Otra vía de acceso es desde el noroeste de la capital cordobesa por la ruta provincial E55 que recorre la imponente Quebrada del Río Suquía hasta la presa del embalse San Roque. Sea por esta vía de acceso o desde la villa, el paseo a la presa es ineludible. En Carlos Paz se organizan todo tipo de excursiones por los alrededores y una de las más habituales es la vuelta al lago: pasando por Bialet Massé, se cruza el río Cosquín y se llega al paredón del dique, flanqueado por pequeños restaurantes y puestos de artesanías. El embudo de la presa es impresionante, ya sea por los torrentes que fluyen cuando el lago rebosa de agua o por el vertiginoso vacío de ese enorme vertedero en épocas de sequía. El lago San Roque es un embalse que surgió cuando se construyó el dique en 1890 y recibe las aguas del río San Antonio, que desciende de Pampa de Achala y Altas Cumbres, y del río Cosquín, que proviene de Los Gigantes y el norte de Punilla.

El trayecto hasta la villa por la autopista atraviesa las primeras estribaciones de las Sierras Chicas y anticipa al viajero el espléndido panorama del lago San Roque.

Carlos Paz es una de las ciudades cordobesas que registra los mayores índices de crecimiento urbano de la Provincia, lo cual se atribuye al impacto que ha tenido el desarrollo del turismo en los últimos treinta años. En la actualidad, la villa ofrece una amplia gama de capacidad y calidad de alojamiento, además de contar con restaurantes para todos los gustos, bares, confiterías, discotecas, teatros y, por supuesto, el casino, uno de los lugares que para muchos turistas es el complemento indispensable para matizar las vacaciones.

Algo que llama la atención al viajero que llega por primera vez es la heterogénea fisonomía edilicia de la villa y sus alrededores, donde no abunda una arquitectura más armónica con la historia y paisaje de la región. Quizá por esta razón, se destacan ante los ojos del viajero, casas y hoteles que se construyeron rescatando un cierto estilo colonial y que convocan, como en el caso de la hostería Hipocampus, a saborear a la hora del té deliciosas tortas y pasteles en las blancas terrazas frente al lago.



Desde hace décadas, Carlos Paz es uno de los principales centros turísticos de Córdoba.



El estilo colonial de algunas hosterías se recorta sobre el lago San Roque.

NOTICIERO

Historias jujeñas

Para muchos viajeros, el invierno es la mejor época para recorrer el norte argentino. Un buen punto de partida en la región es San Salvador de Jujuy, la capital de la provincia, que por su peculiar topografía se la conoce con el también peculiar nombre de "Tacita de Plata". Fundada por el capitán Francisco de Argañaraz y Murguía en 1593, en San Salvador se mezcla el pasado precolombino y colonial con ciertas modernidades de este fin de siglo. Siguiendo los pasos de la historia, se puede iniciar un recorrido visitando el Museo Antropológico donde se guardan una serie de piezas arqueológicas que se encontraron en la Puna Jujeña, como el ídolo de la fertilidad que data del año 620 A.C. o las urnas funerarias pertenecientes a la cultura Atacama. De la época colonial, es interesante conocer las pinturas del siglo XVII que se trajeron desde Cuzco y Chuquisaca y que se exhiben en el Museo de Arte Sacro, ubicado en la Iglesia de San Francisco. La imagen de este santo también tiene su historia, por demás llamativa: fue donada por Benito Mussolini. En 1927 se terminó de construir, con un estilo definidamente barroco, la iglesia que reemplazó a la original del siglo XVII. El paso del general Manuel Belgrano por tierras jujeñas se recuerda en la Catedral, donde en una de sus naves el Canónigo Gorriti bendijo la Bandera Nacional; en la Casa de Gobierno, en cuyo Salón Histórico se guarda la bandera que Belgrano donó en agradecimiento por la gesta heroica del éxodo jujeño, y en el Cabildo.

PERU: APUNTES DE UN VIAJE HACIA EL CAMINO DEL INCA

Claroscuro del Cuzco

Desde la ciudad de Cuzco, un recorrido por Pisac, Calca, Urubamba y Ollantaytambo, el último pueblo antes de empezar el ascenso a Machu Picchu por el Camino del Inca. Mercados rebosantes de frutos, artesanías y turistas extranjeros. En la noche, charangos, sikus y... rock.

Por Alejo Schatzky

Llegar a Cuzco en avión es un buen comienzo. En el aeropuerto los extranjeros se reconocen y sin saber cómo uno se ha subido a un taxi con tres o cuatro hispanohablantes o no, rumbo a un hotel o posada que alguien –a veces el propio taxista– nos ha recomendado. También se puede tomar un ómnibus o un tren desde las ciudades de Arequipa o Puno, pero la magia de los primeros momentos desaparece después de veinticuatro horas de subidas y bajadas por caminos en mal estado o sobre vías gastadas por el tiempo.

Cuzco (o Cusco o Qosqo, como suelen llamarla) es una ciudad donde no reina el vacío. Millones de tejas coloradas visten los techos de las casas coloniales, paredes de piedras de la época de los incas pueblan las calles, miles de personas se mueven en todas direcciones y demandan nuestra atención: chicos que lustran botas traban nuestra caminata mientras vendedores de cigarrillos y golosinas comienzan a regatear apenas nuestros ojos se detienen en ellos; hombres con calculadoras en mano ofrecen cambio de moneda al mismo tiempo que mujeres indígenas nos muestran sus tejidos. Este ritual diurno parece una cinta de Moebius que sólo se interrumpe para dejar su lugar al ritual de la noche: los restaurantes iluminados donde virtuosos callejeros del charango y el sikus acompañan las cenas y después piden una propina –pedido que cualquier negativa convierte en una única y extensa mirada de reproche–; los bares donde se escucha lo más nuevo y lo más viejo del rock argentino y norteamericano; el regreso a casa o al hotel de locales y visitantes, rendidos por tanto alcohol y tanta noche.

Los turistas ávidos –identificables porque quieren conocer la mayor cantidad de lugares en la menor cantidad de tiempo posible y por acumular artesanías, fotos, recuerdos y cualquier objeto que pueda ser "autóctono"– se mezclan con los viajeros, que se mueven más lentamente y sin grandes pretensiones. Tanto unos como otros son considerados gringos. Todo extraño aquí es un gringo; no importa de dónde venga y qué idioma hable. Las miradas de la gente lo recuerdan a cada instante, sin rechazo, sin reprobación: es sólo un reconocimiento.

> ***Ollantaytambo, el último de los pueblos del valle antes de Machu Picchu, es quizás el más bello. Todas las mañanas los bares que rodean la plaza principal se llenan de extranjeros que van rumbo al Camino del Inca. Pieles pálidas, ojos claros y ropas de montaña ocupan las mesas.***

Todos los días parten ómnibus y trenes llevando gente de excursión a Machu Picchu y al Valle Sagrado de los Incas, pero siempre es preferible subirse a un colectivo local y recorrer estos lugares por cuenta propia.

El primer pueblo al que se llega es Pisac, famoso por sus ruinas y su mercado. La feria dominical de Pisac es una de las más grandes y coloridas de la región, pero también un poco artificial. Todo lo que se vende aquí cuesta un poco más que en otros mercados y conseguir el precio justo requiere un trabajo a veces cansador (el regateo es una parte inextrincable del proceso de compraventa de cualquier cosa, y uno termina acostumbrándose a ese placer morboso que genera el arte de la discusión).

En Calca y Urubamba no hay grandes atracciones y es ésa, tal vez, la atracción más grande. Los mercados funcionan todo el día todos los días. La mañana y la tarde son los momentos de las frutas y los pescados, de los churros y las masas dulces, de la ropa y los objetos electrónicos. A la noche, los puestos de comida van ganando las veredas con su olor a anticuchos y pescado frito. Con toldos, palos y algunas sillas se arman cines ambulantes donde un televisor exhibe películas de acción o partidos de fútbol.

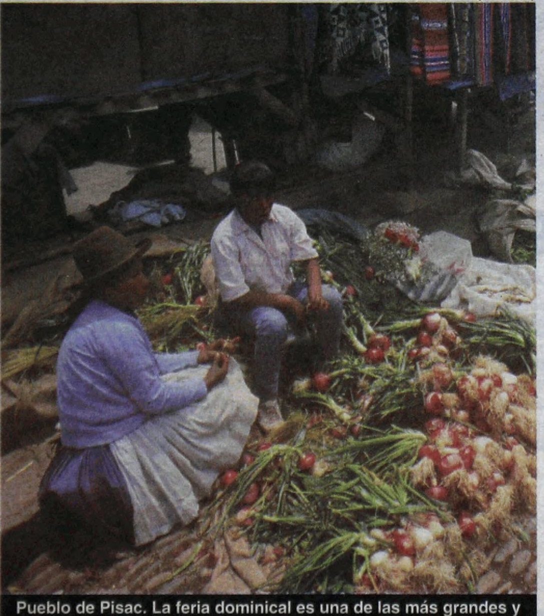
Ollantaytambo, el último de los pueblos del valle antes de Machu Picchu, es quizás el más bello. Todas las mañanas los bares que rodean la plaza principal se llenan de extranjeros que van rumbo al Camino del Inca. Pieles pálidas, ojos claros y ropas de montaña ocupan las mesas. Los desayunos se preparan sin prisa o premeditación, como si esas visitas que se repiten una vez por día fueran siempre novedosas. Se escuchan conversaciones en idiomas extraños, risas y algún que otro grito del estilo: "Bob, pásame el ketchup". Un rato más tarde la gente se levanta y se va, los ómnibus se alejan por el camino de tierra; el pueblo recupera la calma. A la noche los pobladores recorren las calles. Faroles anaranjados iluminan los puestos de comida que van ganando las veredas. Gigantescas ollas de mate de habas hierven sus aguas calentando alguna charla en quechua; unos cholitos juegan a empujar una rueda con un palo, como en un cuadro de Brueghel; se oyen ruidos de monedas, de bolsas de plástico, el rumor lejano del Urubamba que quizás es sólo la imaginación. El tiempo transcurre sin apuro ni promesa. Se siente un clima de espera. De pronto se detienen frente a la plaza dos colectivos atestados de gente que van camino a Quillabamba. Decenas de personas se acercan a las ventanillas a ofrecer choclos, huevos, queso y otros comestibles. El comercio se realiza sumamente rápido y los colectivos reanudan la marcha. El silencio vuelve a la gente, la gente vuelve a sus casas.

Un aroma de eucalipto quemado llena el aire de la noche.

Alejo Schatzky

Ciudad de Cuzco. Un vericueto de calles entre casas coloniales con techos de tejas coloradas.

Alejo Schatzky



Pueblo de Pisac. La feria dominical es una de las más grandes y típicas de la región.

Guía práctica para una buena estadía

Cómo llegar: La forma más directa es volar hasta Lima y luego hasta Cuzco (Buenos Aires-Lima: $ 400 ida y vuelta; Lima-Cuzco: $ 80 / $100 ida y vuelta).

Alojamiento: La oferta hotelera de Cuzco es bastante grande. Desde un hotel de 5 estrellas (Hotel Libertador, $ 75 por persona por noche, con desayuno) hasta posadas de $ 3 la noche (Hostal San Cristóbal).

En los pueblos del Valle Sagrado las familias ofrecen hospedaje a precios muy bajos.

Comida: En Cuzco se puede comer fabulosamente o morir en el intento. El mercado brinda la opción más económica y la posibilidad de probar los verdaderos sabores locales. Varios restaurantes ofrecen almuerzos y cenas muy comestibles a $ 3 (los recomendables: Pizzería Wasi, en la calle Procuradores y Acuarium, para un buen plato vegetariano, sobre la calle Cuesta del Almirante. Los mejores desayunos se sirven en La Tertulia, en la calle Procuradores).

En los pueblos del valle la mejor comida se vende en los puestos callejeros y en los mercados. Es sólo cuestión de animarse a la yuca frita, a los pimientos, a eso que nunca sabremos qué es pero que sabe tan bien. El snack más popular de la zona es el choclo con queso.

Folklore: Abundan en Cuzco lugares para escuchar música andina y otras músicas folklóricas peruanas, aunque encontrar algo realmente auténtico no es tarea sencilla. De todos modos, esta música adaptada a oídos estandarizados ya forma parte de un nuevo folklore, de una nueva manera de entender o reproducir la cultura.

Transporte: Hay infinidad de tours al valle, pero a menos que se quiera ver pasar la vida a través de la ventanilla del ómnibus es imperativo tomarse un colectivo local, compartir el asiento con esa realidad que elegimos conocer para que no sea tan ajena.

Regateo: Es comunicación. Interesante observar el despliegue de argumentos que cada parte pone en juego en el momento de un intercambio. Es cultura. No está mal visto, pero hay un límite para todo, un punto justo entre lo que vale algo y el comprensible sobreprecio a los extranjeros que es una estrategia de supervivencia.

Salud: Generalmente, los temerosos son quienes se agarran todas las enfermedades. De todos modos es bueno llevar un kit de remedios contra posibles males del sistema digestivo. Los problemas de la altura se combaten con los inofensivos tés de coca y con unos días de aclimatación.